

Sobre ilusiones, sistemas y esperanzas

Julio de Santa Ana

Julio de Santa Ana, teólogo, Doctor en Ciencias de la Religión, que estará entre nosotros en la primera semana de Agosto asesorando el IV Encuentro de Reflexión "Mons. Angelelli", aborda en este artículo las repercusiones y similitudes de la crisis mexicana con la brasilera.

El análisis de las causas y el rol que cumplen los agentes sistémicos tienen estrecha relación y son perfectamente aplicables a la realidad argentina.

Resulta de particular interés, el develamiento de la "Teoría del Caos" que desde los factores del poder se instrumentan para imponer el ajuste, que el Dr. Santa Ana expone en la primera parte de este artículo.

El análisis de la crisis de la bolsa de valores mexicana, desencadenada a fines de diciembre de 1994, permite reconocer agentes y tendencias que influyen fuertemente sobre el proceso que caracteriza al sistema en que nos movemos. En Primer lugar, llama la atención la rapidez con la que respondieron a la crisis los responsables sistémicos: independientemente después del estampido de la crisis se estaban poniendo en marcha poderosos mecanismos que tienden a minimizar los efectos del grave problema mexicano. La sospecha es inevitable: quienes tienen la responsabilidad de salvaguardar

el sistema financiero global tenían conciencia de la inminente explosión mexicana. Por lo tanto, estaban preparándose para hacerle frente. Eso fue reconocido a comienzos de este año por Michel Camdessus, Presidente del FMI, quien en un reportaje publicado por el *Jornal de Genève* (8/2/95) señaló que desde junio la dirección de Fondo era consciente del problema mexicano. Que, por otra parte, no podía ser escondido: el despilfarro de divisas por parte de las autoridades mexicanas, en un año electoral, era descarado y abierto. Pregunta: ¿había necesidad de llegar a la caída estrepitosa de la bolsa de

valores a fines de diciembre para entonces comenzar a enfrentar el problema? Una gestión responsable del sistema habría exigido que las medidas hubiesen sido tomadas previamente. Pero eso hubiese significado que el PRI (partido que conserva el gobierno de México desde hace casi 70 años) muy probablemente fuera derrotado en las elecciones. Lo que nos lleva a sospechar que la reacción rápida, pero tardía, a la crisis mexicana, pudo haber sido calculada. Sea como sea, es evidente que un problema nacional es administrado por instancias de poder internacionales. La evidencia de la ac-



ción reguladora del sistema es innegable.

En segundo lugar, la crisis mexicana a puesto en evidencia la interrelación estrecha que existe entre los diversos mercados financieros. En realidad, se trata de un mismo sistema. Evidentemente, el gran desarrollo de las tecnologías informáticas promueve esta interrelación. La crisis mexicana no es sólo México: de hecho, cubre todos los así llamados "mercados emergentes". La onda expansiva fue inmediatamente sentida en los mercados financieros latinoamericanos, y también en Asia y en Europa. Incluso Wall Street vivió el pánico de la crisis mexicana. Algunas bolsas (Frankfurt, Amsterdam, Zurich) fueron levemente reforzadas: son aquellas reconocidas como "refugios" que el capital financiero posee para poder protegerse de los fuertes temporales. O sea, el factor sistémico queda una vez más en evidencia. No es posible pensar en nuestro tiempo que las disfuncionalidades son particulares. En realidad, son sistémicas. Es decir, globales. Y aquellos que tienen el poder para administrar este sistema global imaginan modos y medios adecuados para hacer frente a situaciones críticas. Que tiene que ver esto con Brasil?

Se sabe el pánico que experimentaron los inversores extranjeros en las bolsas brasileras: en pocos días, la bolsa de San Pablo perdió un porcentaje importante de puntos operacionales. Es claro, la situación de Brasil no es la de México. A pesar de que 1994 fue también un año electoral en Brasil, las autoridades monetarias brasileras intentaron cuidadosamente llegar a fines de 1994 con un gran excedente de reservas financieras en divisas: nada menos que 42 mil millones de dólares! Sin embargo, hay cierta semejanza entre el proceso mexicano y el brasileño: ambos inciden directamente sobre el equilibrio sistémico. Por lo tanto, el mantenimiento del proceso de ajuste (implementado en México desde hace varios años, y comenzado en Brasil hace menos tiempo) en ambos países es una prioridad a ser preservada a toda prueba. En el caso de México, a pesar de la quiebra de las referencias (manifestada sobre todo a través de la dilapidación de las reservas de divisas extranjeras en función de las exigencias de la campaña elec-

toral del PRI) que enmarcan el proceso de ajuste. En el caso de Brasil porque, además de ser una de las entidades nacionales más fuertes del mundo ("octava economía mundial!"), la quiebra del proceso de ajuste ciertamente habría tenido consecuencias muy graves para todo el equilibrio financiero regional, incluyendo el bloque del NAFTA. Ya mencionamos la estrecha vinculación que existe entre los núcleos álgidos del sistema. En consecuencia, y continuando con nuestras sospechas (que no me parecen ser nada fuera de lugar), es posible pensar que del mismo modo que hubo un plan de acción preparado de antemano para responder a la crisis mexicana, muy posible-



mente hubo otro plan para enfrentar la situación brasileña que, hacia mediados de 1993, daba evidencias de estar muy comprometida para los intereses que aprovechan el sistema. Hay que recordar que a mediados de 1993, Lula era quien tenía una ventaja muy significativa en las encuestas de opinión pública. Era un candidato a ganador en las elecciones de 1994. Y, teniendo en cuenta la trayectoria de Lula, sus opciones políticas y su visión sobre el futuro de la sociedad brasileña, de ganar las elecciones, la continuidad del proceso de ajuste no sería enteramente preservada. En abril de 1994, Lula visitó los EUA, y no obstante su intención de crear un clima favorable a su persona y a su posible gestión futura como presidente de Brasil, no pudo lograrlo. Sus presentaciones fueron recibidas con escepticismo y desconfianza. Para los intereses sistémicos (aquellos que controlan los mercados financieros y que

van dando forma al mercado global a través de la Nueva Organización Mundial del Comercio) era imprescindible vencer al candidato Luis Ignacio Lula Da Silva en las elecciones de la primavera de 1994.

En primer lugar, para mantener vigente el proceso de ajuste, que por cierto comenzó antes que el Plan Real. El proceso de ajuste significa, por un lado, privatizar tanto como se pueda el campo económico. Significa también hacerlo apto para las transacciones financieras. Significa además que el costo social a pagar por este proceso es muy alto (por ejemplo, en la entrevista ya citada a Michel Camdessus, el presidente Director del FMI alaba a las autoridades mexicanas por haber impuesto una pérdida del valor real del salario de los trabajadores. Lo que vale para México, también vale para Brasil, según la perspectiva de los administradores del sistema). Este costo es el significado del llamado "proceso de desregulación", que prepara la puesta en marcha de los mecanismos de los Programas Especiales de Ajuste.

Hace cinco o seis años atrás tuvieron lugar con cierta frecuencia, a nivel de las esferas dirigentes del FMI, seminarios donde se discutió la "Teoría del caos". Inspirada por Illya Prigogine (Premio Nobel de Química en 1977 en virtud de sus contribuciones a la termodinámica del "no-equilibrio", y en particular a la teoría de las estructuras disipativas), entre otros, ha sido proyectada a diversos campos del saber humano. En el plano de la administración económica, la cuestión puede ser planteada de la siguiente manera: que dosis de "caos" hay que introducir en una determinada situación para que quienes participan de la misma puedan aceptar más fácilmente un orden económico, social y político nuevo? O, diciéndolo de otra manera: ¿cuánta desregulación puede ser impuesta en una determinada realidad social para crear condiciones que posibiliten inmediatamente la aceptación del ajuste? Se entiende que la situación "ajustada" tiene que ser caracterizada fundamentalmente por la existencia del equilibrio, de la estabilidad.

Historias de tiempo de caos

Así, por ejemplo, en Argentina, el plan Cavallo fue precedido por una situación

que la mayoría de la población experimentaba como insostenible, como altamente perturbadora, caracterizada por tasas de inflación mensual cercanas al 40%. Situación semejante fue vivida en Brasil luego del *impeachment* (impugnación) del Presidente Collor de Mello. Cuando la fluctuación de precios, siempre en aumento, se lleva a cabo de manera permanente, sin que eso pueda ser acompañado por el crecimiento del valor del salario, entonces las personas que viven esa situación tienden a pensar que viven "en medio de un caos". Desean ardientemente vivir en una situación diferente, caracterizada por la estabilidad y el equilibrio. Dice Prigogine en el prefacio de su libro *La Nouvelle Alliance*, escrito en colaboración con Isabelle Stengers: "La estabilidad que implica la existencia de un estado atrayente es en efecto una estabilidad más fuerte que aquella que puede caracterizar a un sistema dinámico" (París: Gallimard; 1986. p. 11.). Lo que describen Prigogine y Stengers no es sólo una peculiaridad de la materia orgánica; también puede caracterizar la organización de las sociedades humanas. Es decir, cuando el "caos" permanece intensamente, dinámicamente, incluso creando condiciones favorables para varios tipos de mutación social (por ejemplo, que las elecciones nacionales para presidente puedan ser ganadas por un candidato de origen popular y con definiciones nítidamente populares, lo que a su vez puede ser comprendido como una promesa de nuevas y mayores tensiones y desequilibrios) que no pueden ser fácilmente administradas o controladas, la conciencia colectiva tiene "deseos" de un orden nuevo, más estable. Y a pesar de los aspectos opresores que este orden pueda tener, está más dispuesta a aceptarlo, en lugar de la intolerable dinámica de tensiones y vaivenes sociales. Hay que reconocer que se necesita mucha formación y educación social para aceptar que una situación permanente de conflictos puede conducir a una mejor sociedad. Es, posiblemente, más fácil aceptarlo intelectualmente. Es mucho más difícil vivirlo. El problema es como introducir esa "cuota de caos", ese "desorden" que va a conducir a un nuevo orden. Porque, la introducción del caos, es sólo preparatoria,

propedéutica. Lo más importante no es el "caos", sino la nueva organización que se impone (aparentemente) como consecuencia del "caos".

Tratase de cuestiones económicas, o sociales; de la devaluación del Cruzeiro y su transformación en Real, o de la masacre en el Presidio de Carandirú (a lo que puede agregarse otros "índices" caóticos, tales como la violencia incontrollable en las calles con todas sus manifestaciones horribles), todos esos elementos pueden crear situaciones insostenibles. En ese contexto, el anhelo de estabilidad, de equilibrio (digámoslo con otras palabras: de "paz y seguridad"), es mucho más fuerte que la promesa de una nueva sociedad que se va gestando a través de conflictos sociales anómicos, que parecen ser incontables.

Para que el polo atrayente hacia la deseada estabilidad pueda ser suficientemente poderoso, se necesitan por lo menos dos cosas. Primero, que el deseo de estabilidad pueda ser captado por una imagen eficiente. Es decir, se necesita crear un artefacto que permita, a la imaginación colectiva llegar a decir: "Es esto". "Funciona, eureka!". Tiene que haber alguna triquiñuela, alguna cosa objetiva, que hechice el deseo de las masas. No se trata de la creación de un nuevo marco formal, de una nueva regulación. Esto ha de llegar después. Para que la mayoría de la gente entienda que el polo atrayente funciona apropiadamente, es imperativo que algo objetivo sea presentado que, como pase mágico, lleve a muchos a creer que la situación de tensión insostenible esta siendo superada. En el caso del proceso brasilero de 1994, eso fue el Plan Real. Un artificio que permitió la convergencia de muchas conciencias: en primer lugar, de los custodios del sistema, interesados en la preservación del mismo y en la necesidad de reajustar la situación brasilera a las exigencias sistémicas. En segundo lugar, a quienes en Brasil estaban interesados en evitar que Lula ganase las elecciones. Gente de centro, de derechas y hasta de izquierdas orientaron su acción en ese sentido. En tercer lugar, la gran mayoría de los sectores medios, amenazados por factores pauperizantes, que intentaban sobrevivir en medio de una situación que se pro-

longaba durante más de diez años (con algunos momentos de respiro, como fueron otros artificios que duraron poco). Y, en cuarto lugar, la mayoría de los pobres, cuyos esfuerzos de sobrevivencia fueron puestos a dura prueba por las exigencias de la crisis. El Plan Real fue este artificio. Para la mayoría de la opinión, fue como un pase de magia que permitió transformar la situación. La inflación bajó y la gente creyó. El deseo de las mayorías es la substancia de su creencia.

Esto, sin embargo, no es suficiente. En segundo lugar, es necesario que la operación mágica sea operacional. Por qué decimos "operación mágica"? Porque las disposiciones del Plan Real no transforman el campo económico del país. Los decretos financieros no terminan con la crisis. Pueden dar la apariencia de estabilidad monetaria, pero no llegan a parar la inflación real. Sólo que la danza de precios pierde el ritmo endemoniado que la caracterizaba. Eso es lo que crea la ilusión de la estabilidad. Para acceder a este nivel hay una exigencia fundamental: que los poseedores del poder económico dejen de manipular los procesos que controlan. De otro modo, la situación no puede llegar a dar imagen de estabilidad. Lo que quiere decir que los agentes de la inestabilidad son quienes aprovecharon permanentemente de las oportunidades que ofrecían disposiciones monetarias que abrían las puertas a muchos tipos de especulación, sobre todo a partir de la existencia de diversos tipos de cambio e indexaciones variadas. Para decirlo de una manera más concreta: la ilusión del Plan Real se basa en el transitorio buen comportamiento de quienes controlan el campo financiero y económico del Brasil.

Ese "buen comportamiento" corresponde a las exigencias del ajuste que propugnan los salvaguardas del sistema. Hay que reconocer que, frente a la posibilidad del triunfo de Lula en las elecciones de octubre de 1994, se formó una coalición que pocos meses antes era insospechable. El caos que evocaba una inflación mensual de más del 40% tenía que ser sofocado. El Plan Real fue el artefacto. Pero la voluntad que le dio substancia nació de la necesidad del ajuste de Brasil en el sistema.